

Mitologías

por Francisco Umbral



Wojtyla

Ahora ha estado en Brasil. Es lo mismo. No se entera. No quiere enterarse. Dice obviedades, que es lo que llevan diciendo los papas desde que **san Pedro** se lavó los pies para subirse dignamente a la piedra:

—Que gane el mejor y que haya paz.

Así, más o menos. La Iglesia, madre que no toma la píldora, y maestra en no enseñar nada, llevaba un largo tiempo de papas intelectuales, exentos y extáticos. **Pío XII** era un intelectual que se presentaba crucificado en el vacío, de Cristo blanco/blanquísimo. **Juan XXIII**, un intelectual de **Boccaccio** que quería meterle Renacimiento y sociología al invento. **Pablo VI**, un cardenal rojo que, por natural dubitación intelectual, en el viaje Milán/Roma, en carro de fuego/jet, se hizo liberal/reprimido y quiso explicarnos, intelectualmente, que la píldora era mala para el cuerpo/alma, como si la píldora anti/baby fuese una monada de **Leibnitz** o un imperativo categórico de **Kant**. Más de una amiga mía se ha quedado preñada por no ponerse a tiempo el imperativo categórico. Hay hijos de **Kant**, como hay hijos de **Ogino**.

Todos muy romanos, intelectuales, renacentistas. Poco populares. La Iglesia, madre de pecadores y maestra de los siglos, comprende de pronto que necesita un Papa con marcha, que no sea romano ni intelectual, que sea moderno; y ya sabemos que ser moderno es todo lo contrario de ser revolucionario. Revolucionarios eran **Heráclito** y **Cristo**. **Carter** y **Suárez** son simplemente modernos.

Ya que no puede dar revolución —amagos de **Juan XXIII** y **Pablo VI**—, la Iglesia ha decidido dar modernidad. Modernismo. Ponerse «modernos». Lo hacen todos los estados del mundo. ¿Por qué no iba a hacerlo el Estado vaticano? Se le mete mar-

cha al rollo para que parezca otro. Es el «alucine» teológico, la «pasada» mística, el cuelgue celestial, el poner alto al personal mediante dosis «cegueras» y sobredosis de Dios. **Wojtyla** viene de la Iglesia polaca del silencio. Más o menos. **Wojtyla** usa rebecca, se pega carreras, ha escrito versos y teatro, bebe «coca-cola» en grandes cantidades (como le ha visto bebería **Manu Leguineche**, en un país de esos del Tercer Mundo donde va a predicar su catequesis de la resignación). **Wojtyla** es nuestro hombre en el cielo.

Hay que ir al bulto, al mogollón, allí donde está el peligro, a los mapas cruciales del hambre. Méjico, Brasil, Oriente. No para hacer la revolución, sino para hacerse la publicidad. Besar a una niña remorenita, dulce y mínima flor de favela, es como cuando yo beso a mi gato: un ademán tierno, pero en el fondo, burgués.

Un Papa/Siglo XX/cambalache que ignorase la tragedia de

tango que vive el mundo, sería un Papa impopular. Un Papa que fuese al corazón de la tragedia sólo a rezar el rosario de los cocoteros, no sería un Papa de hoy. Sería un **Padre Peyton** revestido de triángulo isósceles/teológico. El Papa, **Wojtyla**, tiene que ir a Brasil, como ha ido a otros sitios, besar a una niña, dar la razón a los obispos revolucionarios, no quitársela a los oligarcas multimillonarios, posar para la imagen de los «mass-media», que vale más que sus mil palabras obvias, y vuelta a casa. Es lo de las señoras de la Conferencia o del Roperio de la parroquia, pero a nivel galáctico. Dar modernidad por revolución me parece el truco del almendruco que se ha sacado nuestro siglo, el gran **tocomocho capitalista**. La modernidad, cuando no incluye la revolución, se queda en «modernosidad», que es lo que nos vende este particular de falda blanca, mandíbula púgil y «jet» que no cesa.

Wojtyla, leñador polaco que ha venido a talar los bosques del nuevo paganismo ecológico y pasota, boxeador que nació para peso pesado y acabará negociando tongos en el Campo del Gas, forzado de Dios, atleta que levanta la piedra de Pedro, sobre la que **Cristo** edificó su Iglesia, y se la pasa alrededor del cuello, como un collar planetario o una bufanda de granito, no es un **Sísifo** con solideo, condenado a subir y bajar el pedrusco, sino un exhibicionista de ferias y fiestas que vuelve a dejar la peña donde estaba, se bebe una coca a morro y sigue viaje.

Más que teología hace halterofilia, cuando va por el mundo adelante.

Lo mismo puede levantar en brazos a una niña asténica y atea, que levantar el siglo entero, en Manhattan, si se lo pide o paga **Kennedy**, que el viaje es caro y la Iglesia pobre. Hasta ahora, **Wojtyla** no ha hecho más que demostraciones de fuerza física, bordadas por el primor de lo vulgar e inevitable: besar a un niño o aceptar la pluma de un salvaje desnudo y bueno que no ha leído a **Rousseau**. La Iglesia, como todos los estados de la Tierra, ha suplantado hoy revolución por modernidad. La gente teme la revolución —incluso alguna gente vagamente revolucionaria—, y le encanta la modernidad. La revolución suele venderse en un libro y la modernidad/«modernosidad» suele venderla un hombre, una cara, una imagen. Así no hay nada que estudiar. Sólo enchufar el invento de los «telepáticos». Ser moderno es más descansado que ser revolucionario. Los anteriores papas dubitaban como un **Hamlet** a lo divino. Este, con su marcha y su cultura física, ha encontrado la fórmula. Ni revolucionarismo ni reaccionarismo: «modernosidad».

Le va divino. Y nunca mejor dicho.



FERRERES